

Pasión por leer

SABADO 4 DE FEBRERO DE 2006

LECTURAS PARA EL VERANO



EL LIBRO SYLVIA IPARRAGUIRRE

El hombre miró la hora: tenía por delante veinticinco minutos antes de la salida del tren. Se levantó, pagó el café con leche y fue al baño. En el cubículo, la luz mortecina le alcanzó su cara en el espejo manchado. Maquinalmente se pasó la mano de dedos abiertos por el pelo. Entró al sanitario, allí la luz era mejor. Apretó el botón y el agua corrió. Cuando se dio vuelta para salir, detrás de la puerta, de canto contra la pared, descubrió el libro. Era un libro pequeño y grueso, de tapas duras, anormalmente pesado. Lo examinó un momento. No tenía portada ni título, tampoco el nombre del autor o el de la editorial. Intrigado, bajó la tapa del inodoro, se sentó y pasó distraído las primeras páginas. Miró el reloj. Faltaba para la salida del tren.

Se acomodó y leyó partes al azar con mayor atención. Sorprendido reconoció coincidencias. Volvió atrás. En una página vio nombres de lugares y de personas que le eran familiares; más todavía, con el correr de las páginas encontró escritos los nombres de pila de su padre y su madre. Unos tres capítulos más adelante apareció completo, sin error posible, el de Gabriela. Lo cerró con fuerza; el libro le producía inquietud y cierta repugnancia. Quedó inmóvil mirando la puerta pintada toscamente de verde, marcada por inscripciones de todo tipo. Pasaron unos segundos en los que percibió el ajeteo lejano a la estación y la máquina Express del bar. Cuando logró calmar un insensato presentimiento, volvió a abrirlo. Recorrió las páginas sin ver las palabras. Finalmente sus ojos cayeron sobre unas líneas: *En el cubículo, la luz mortecina le alcanza su cara en el espejo manchado. Maquinalmente se pasa la mano de dedos abiertos por el pelo. Se levantó de un salto. Con el dedo entre las páginas fue a mirarse asombrado al espejo, como si necesitara corroborar con alguien lo que estaba pasando. Volvió a abrirlo. Se levanta de un salto. Con el dedo entre las páginas va a mirarse asombrado...* El libro cayó dentro del lavatorio transformado en objeto candente. Lo miró horrorizado. Su tren partía en diez minutos. En un gesto irrefrenable que consideró de locura, recogió el libro, lo metió en el bolsillo del saco y salió. Caminó rápido por el extenso hall hacia la plataforma. Con angustia creciente pensó que cada uno de sus gestos estaba escrito, hasta el acto elemental de caminar. Palpó el bolsillo deformado por el peso del libro y rechazó, con espanto, la tentación cada vez más fuerte, más imperiosa, de leer las páginas finales. Se detuvo; faltaban tres minutos para la partida. Qué hacer. Miró la gigantesca cúpula como si allí pudiera encontrar una respuesta. ¿Las páginas le estaban destinadas o el libro poseía una facultad mimética y se refería a cada persona que lo encontraba? Apresuró los pasos hacia el andén pero, por alguna razón inexplicable, volvió a girar y echó a correr con el peso muerto en el bolsillo. Atravesó el bar zigzagueando entre las mesas y entró al baño. El libro era un objeto maligno en su mano; luchó con el impulso casi irrefrenable de abrirlo y lo dejó en el piso, detrás de la puerta. Casi sin aliento cruzó el hall. Corrió por el andén como si lo persiguieran. Alcanzó a subir al tren cuando dejaban la estación atrás y salían al aire abierto; cuando el conductor elegía una de las vías de la trama de vías que se abrían en diferentes direcciones.



En *Del día y de la noche*. Editorial Alfaguara



CIEGO EN LA RESOLANA HECTOR TIZÓN

Ahora está el ciego otra vez sentado al sol al promediar la mañana. De él se dice que no siempre fue ciego y era fama también que, al no alternar sus ojos las sombras y la luz, dormía menos que un pájaro. Cualquiera que subiese al viejo y abandonado campanario de la iglesia podría contemplarlo allí, en medio del parque que rodea la casa. En eso consistía, precisamente, el gran desquite de su cónyuge, mujer obesa y rubia, de blancura impresionante, en cuyos brazos bailoteaban innumerables pulseras. Ella, canturreando muy quedo un aria en su lengua materna, empujaba la silla rodante del ciego hasta detenerla en un lugar no muy distante, donde crecían unos mimbres agobiados por plantas trepadoras. Así quedaba el ciego, aislado, en la suave y luminosa resolana, mudo, aterrorizado por las serpientes que pudieran deslizarse en el jardín; temor subyacente aun en los instantes en que ella, asomada al gran ventanal y ensayando unos gorgoritos alentadores lo azuzaba para que cantase la dulce tonada que él nunca llegó a saber cuándo había aprendido.

Enseguida del almuerzo el ciego volvía a su mecedora, en la galería, aguardando la llegada del otro, cuando su mujer se ocultaba en la interminable pausa de la siesta. Allí no hacía más que esperar alguna señal, sin que se le escapara el mínimo ruido porque todo el poder de sus ojos se había trasladado a sus oídos. Luego armaba cuidadosamente el ingenioso aparato que reproducía el vaivén de su cuerpo en la silla: una piedra de peso adecuado puesta en el extremo del arco de la mecedora y en el otro una cuerda elástica amarrada a una estaca entre los trípodes de los innumerables maceteros, que se ocupaba en disimular. Con tal mecanismo la mecedora no interrumpía su balanceo cuando él se incorporaba cautelosamente para pegar su mejilla contra la puerta de la habitación. Entonces transcurrían momentos tensos para el ciego —horas, a veces—, tiempo controlado por él mismo con su vieja maestría para calcularlo, de acuerdo al ritmo de sus pulsaciones (seiscientas pulsaciones divididas en grupos de veinte). Era testigo así de jadeos, voces ahogadas, quejidos, pequeñas risas silenciadas de pronto por inaudibles advertencias; a veces, por ciertos estrépitos sofocados, parecían rodar cuerpos en el suelo; o surgía el silencio y sólo se escuchaba el crepitar del reseo maderamen de la mecedora en la galería, moviéndose, vacía, en perpetuo vaivén. Pero cuando eso ocurría ya el ciego estaba impaciente y sintiendo el frío del picaporte en sus mejillas mojadas por las lágrimas y gritaba dando feroces golpes en la puerta. Desde el interior la mujer gorda trataba de calmarlo, gritando a su vez con voz dulce:

¿Qué pasa? ¡Ya voy, chiquitín! Al oírlo, el ciego cesaba de golpear y rápidamente regresaba a su mecedora, desanudaba el cordón elástico, ocultaba la piedra y permanecía en espera, distraídamente, con la mirada de sus ojos hueros en dirección de las montañas.

POSDATA:

El borrador de este cuento —si lo es— data de unos veinte años atrás, y apenas si admitió un retoque. Siempre me han fascinado las mujeres jóvenes y gordas que cantan. Generalmente las mujeres que cantan son gordas. Las mujeres gordas me han parecido siempre tiernas e irresponsables. Además, las mujeres gordas siempre mueren jóvenes y son así las verdaderas heroínas románticas. En provincia no hay mujeres gordas que valgan la pena, porque en provincia no hay ópera.

Pero estos personajes han sido mis vecinos y vivían al otro lado, donde el río hace una curva pronunciada. De niño, yo solía llevarle a la dama, de vez en cuando, una cesta con frutillas que le enviaba mi padre. Ella entonces me daba unos besos exagerados pero normales. Era húngara o algo así, o lo había sido. Su marido aún no estaba ciego. En realidad, nunca lo estubo.

En *El gallo blanco*. Editorial Alfaguara.

"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022631

Campaña Nacional de Lectura

DE LOS APENINOS A LOS ANDES

(FRAGMENTO)

MARCELO BIRMAJER

Debido a que nos mudamos, tuve que cambiar de colegio a mi pequeño hijo de cinco años. No fue fácil tomar la decisión. Intenté resistir: como los viajes en auto lo marean, propuse a mi esposa llevarlo yo mismo, caminando, hasta su antigua escuela. Si el "Marco" de Edmundo De Amicis caminó de los Apeninos a los Andes para reencontrarse con su madre, ¿por qué no iba a poder yo caminar doscientas cincuenta cuerdas con mi hijo a cococho para salvarlo de la tragedia de cambiar de colegio? Pero mi esposa imaginó la escena: yo, exánime, desmayado; a merced de transeúntes desconocidos.

—Ya sé —grité como una eureka, imbuido de una convicción mística—. Vivimos en una carpa de lunes a viernes, al lado del mismo colegio. Y los fines de semana, volvemos a la nueva casa.

Pero mi esposa sugirió que yo no sería capaz de recordar sacarme las zapatillas cada vez que ingresara en la carpa, por lo que nuestra vida se tornaría un infierno. Y cuando ya estaba dispuesto a pagar la primera cuota del helicóptero, la decisión gubernamental de robarnos nuestros ahorros dio tierra con la idea.

De modo que había que cambiarlo de colegio.

—Hablale vos —le dije a mi mujer—. Es fácil; explícale que hay cosas mucho peores: terremotos, tiburones. Contale que los que se pierden en el Triángulo de las Bermudas no vuelven nunca más; mientras que a él, sólo lo vamos a cambiar de colegio.

Mi mujer escuchó en silencio las propuestas y respondió:

—Si le hablo yo, le hablo yo.

Pero no le habló. Pasaban los días y, en ocasiones, no le hablaba porque estaba a punto de comer y no quería ponerlo nervioso, porque justo le había comprado un juguete nuevo y no quería arruinar la sorpresa o porque, en ese momento, no lo veía preparado. Cuando me dijo que no le quería dar a las diez de la noche la noticia para que se fuera a dormir tranquilo, supe que tendría que hablar yo.

Me preparé. Compré títeres, un video no violento de la anterior Europa del este y diversos discos compactos. Me dije que, antes de hablarle, le haría llegar el mensaje en forma indirecta. Subliminalmente, mientras jugaba con su Jedi, yo le hacía escuchar la canción Presente, de Vox Dei:

"Todo concluye al fin, nada puede escapar, todo tiene un final, todo termina". Pero no pareció conmoverlo.

Interrumpía el cuento y le decía:

—Hijo, las abejas nacen, se reproducen y, lamentablemente, mueren. Todo cambia. Creo que las marsopas hibernan, es decir, pasan seis meses sin saludarse. Los osos, seguro. ¿Entendés?

Mi hijo pedía que le siguiera leyendo el cuento, afortunadamente escrito por personas normales...

Cuarenta y ocho horas antes de inscribirlo, mi esposa y yo descubrimos que si no le decíamos la verdad, mi hijo llamaría a sus nuevos compañeritos con los nombres de los anteriores.

—Yo se lo digo —dijo por fin mi esposa.

Lo despertó, porque el pobre dormía, le susurró al oído la terrible novedad y lo dejó seguir durmiendo.

—¿Estás segura de que te escuchó?

—Por supuesto —respondió mi mujer. Y se encerró a llorar en el baño.

Velamos junto a su cama: esperábamos verlo levantarse entre pesadillas, gritando el nombre de su última maestra, intentando aferrarse vanamente a los amados compañeritos, a los que nunca más vería. Por la mañana, cuando lo vimos desayunar en paz, supusimos que el mensaje no le había quedado claro.

—No vas a volver al colegio del año pasado —le dije con la voz trémula de dolor.

—Ya sé —dijo mi hijo con la tranquilidad típica de los negadores, liquidando su chocolatada.

Pasamos las siguientes horas como el reo que aguarda su ejecución. ¿Lloraría en la entrada, se quedaría lívido frente a las caras extrañas, sería éste el material de los peores conflictos de su futura vida adulta, estaríamos dándole la imagen de que el mundo es vertiginoso e inseguro? ¡Dios mío!

Finalmente, el hombre, mi hijo de cinco años, entró en su nueva escuela.

Todo parece indicar que jugó y conversó con normalidad. No le noté erupciones ni incoherencias. Como siempre, cuando le pregunté cómo la había pasado, me dijo que esas cosas sólo las hablaba con Batman. Le pregunté si había extrañado su antigua escuela.

—No te preocupes, papá —me dijo—. Si querés, un día te llevo a que te despidas de los otros padres.



En Me gustaba más cuando era hijo.

Editorial Puerto de Palos.

PIEL DE JUDAS

JUAN JOSÉ PANNO

Rajá pa' dentro, rajá pa' dentro te digo, que te voy a arrancar la cabeza, te miraste cómo tenés esas rodillas, desgraciumana, me vas a volver loca, vos querés que yo me vuelva loca, que me internen en un manicomio querés, decí, decí la verdad, callate la boca y andá a lavarte, mirá esas manos, vení para acá, mirate esos tobillos, aaaayyy, el soponcio, me agarra el soponcio, el hígado, ahora vas a ver cuando vuelva tu padre, porque con tu padre no jodés, claro, para eso está la señora, la sirvienta que te tiene que planchar la ropa, preparar la comida, y vos en lo único que pensás es en jugar a la pelota con esa manga de atorrantes, te voy a mataaaar, un día se me va a terminar la paciencia y te voy a pegar una paliza que no te vas a olvidar en tu vida, eso querés ¿no?, tiene razón la Pocha, a ustedes hay que tenerlos cortitos porque una les da el codo y se agarran todo el brazo, te dije media hora y mirá la hora que es, no me comés, no me hacés los deberes, y encima te pasás toda la tarde con esa pelota de porquería, noooo, pero ya vas a ver cuando venga tu padre, ¿sabés que sos vos?, sos la piel de judas, la peste bubónica sos, callate la boca, chito, chito eh, andá a lavarte, vení para acá, ¿te viste las zapatillas?, no, qué te vas a mirar vos si lo único que te importa es jugar a la pelota con los desgraciados esos, meta pelota y pelota todo el día y a mí que me parta un rayo, ¿te vas a ir a lavar o no te vas a ir a lavar?, ¡iiiEsas rodillas!!!, percurdidas las tenés, per-cu-didas, te vas a tener que lavar con acaroína, ayyy, tu hermano no era así, ah nooo, el Carlitos es una monada, nunca me llamaron del colegio para decirme nada, nunca una palabra de más, un niño prodigio el Carlitos, no como vos pedazo de bestia, machona de porquería, tendrías que haber sido varón vos, siempre lo dije.

En Corazón y pases cortos. Ediciones Colihué.

Maru, la distraída

María Eugenia es una chica simpática y buena. Pero tiene un defecto: es muy, pero muy distraída.

La mamá de Maru, (porque todos le dicen Maru), trabaja en una oficina y le deja siempre mensajes en la heladera para que no se olvide de las cosas que tiene que hacer.

Un día le escribió con letra bien grande:

"Lavá los platos.

Sacá a pasear a Lucas."

Lucas es un perrito pequinés que se la pasa haciendo piruetas y saltando entre almohadones.

Pero ese día, cuando la mamá de María Eugenia volvió, lo encontró todo mojado y temblando de frío. Y más grande fue su sorpresa cuando vio llegar a nuestra amiga con el cochecito de las muñecas y los platos adentro.

-Maru, ¿qué estás haciendo? ¿Qué le pasó a Lucas?

-le preguntó.

Y ella contestó:

-Mamá, hice lo que me dijiste: lavé a Lucas y saqué los platos a pasear!

-¡No! ¡Dije que lavaras los platos y pasearas a Lucas! Pero bueno -dijo la mamá-, a Lucas no le venía mal un baño y los platos seguramente estaban muy aburridos en la cocina.

Otro día había un mensaje que decía:

"Maru, por favor comprá un kilo de papas y doce huevos."

No se pueden imaginar la fuerza que hizo María Eugenia: llegó con la lengua afuera arrastrando una bolsa con doce kilos de papas... y un huevo, bien cuidado, en la mano.

Por supuesto que no pudieron hacer tortilla esa noche, pero eso sí, comieron puré por un montón de días.

Lo peor sucedió en setiembre. Se acercaba el día del maestro y la mamá de Maru había encargado en una juguetería un elefante de peluche para la señorita. Como además iban a festejarlo en el aula, le pidió a Don Paco, el rotisero, que le preparara unas empanadas.

Ese día la mamá llegó corriendo de la oficina para ir a la fiestita, y mientras se cambiaba le dijo a su hija:

-Pasá a buscar las empanadas y el elefante de peluche.

El tiempo pasaba y Maru no llegaba. De pronto, su cabecita se asomó por la puerta:

-Mami -dijo- ¡Empanadas de peluche no pude conseguir por ningún lado!

-¡No! -exclamó la mamá agarrándose la cabeza y mirando hacia la puerta-. ¿Qué trajiste?

¡A ver! ¿Qué imaginan ustedes?

Sí, señores. Había un elefante hecho y derecho en la puerta del departamento. Pero no de peluche, claro.

Y bueno, no hubo manera de conseguir que la maestra entendiera que aunque el elefante no era de peluche, igual era un regalo.

Así que desde ese día Nino, porque así se llama el elefante, vive en la casa de María Eugenia.

Pero la mamá se cuida muy bien de pedirle a Maru que haga los mandados, por lo menos hasta que crezca un poco y se le pase la distracción.

Por Margarita Eggers Lan. En Menta limón 1. Editorial Kapelusz.





La boca del león

Ricardo Mariño

Un hombre que vivía en Buenos Aires soñó que en un lugar de la selva un león estaba a punto de comerse a un niño.

En el sueño, el león tenía abiertas sus fauces y a su lado el chico estaba paralizado de miedo. Cuando el león abrió aún más su boca y estaba a punto de tragarse al chico, el hombre se despertó.

Todavía asustado por la pesadilla, el hombre saltó de la cama y caminó hasta la ventana de su cuarto. Estiró los brazos, abrió la boca casi como el león de su sueño, y bostezó largamente.

Un ciclista que justo pasaba por allí vio la boca abierta y los brazos estirados del hombre y él mismo bostezó, frenando su bicicleta para dejar paso a un colectivo.

El chofer de la línea 39 miró al ciclista y quedó contagiado de su bostezo.

El pasajero que iba en el último asiento vio por el espejo cómo bostezaba el conductor y bostezó él, sacando la cabeza por la ventanilla.

La viejita que estaba parada en la vereda, esperando que pasara el coche que llevaba al presidente argentino y al de Senegal, bostezó contagiada por el hombre del colectivo.

Al pasar saludando, el presidente argentino miró a la viejita y bostezó. De inmediato le pidió disculpas a su colega de Senegal, sentado a su lado, quien también bostezó.

La imagen de los dos presidentes bostezando pudo verse en el televisor de un hotel de la República de Senegal. Del grupo de turistas japoneses que salían del hotel senegalés, el último alcanzó a ver la pantalla del televisor de la recepción, donde estaban dando el noticiero, con las dos bocazas de los presidentes bostezando. El turista japonés bostezó antes de subir al ómnibus turístico y contagió a un guardaparques que pasó por ese mismo lugar a toda velocidad en su jeep.

Al bostezar, el guardaparques contagió al jefe de los zulúes, que estaba escondido entre las palmeras que bordeaban el camino, esperando la oportunidad para atacar la ciudad.

Uno a uno fueron bostezando los quinientos guerreros zulúes y el último de ellos contagió a un gran pájaro verde y rojo que pasó volando sobre su cabeza.

El gran pájaro verde y rojo se posó sobre la rama de un árbol y abrió su enorme pico, demostrando así que los pájaros también bostezan. Pero debajo del árbol había un león a punto de comerse a un chico.

Al ver bostezar al pájaro, el león abrió aún más grande su boca, sin poder evitar el bostezo, que vino acompañado de un rugido tan grande que asustó a toda la selva.

El chico aprovechó el interminable bostezo del león para escapar.

El bostezo siguió contagiando, en dirección sudoeste. Pasó por miles de personas, subió a un barco, desembarcó en Bahía Blanca, los camioneros lo trajeron a Buenos Aires...

Hay un solo bostezo, el único.

Hay un solo bostezo, siempre el mismo, que va de un lado a otro y ahora viene hacia ahhhhh... aquí.

Fin

En Botella al mar. Editorial Alfaguara.



Recopilación de adivinanzas de Carlos Silveyra. Ilustraciones de Rocío Arozarena.

Adivinanza

Una vieja con un diente que llama a toda la gente.

(La campana)

Adivinanza

Usa sombrero con muchas flores y usa vestidos multicolores. Silueta de golondrina. Mariposa bella y fina

(La primavera)



Pasión por leer



MINISTERIO de EDUCACIÓN CIENCIA y TECNOLOGÍA PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campana Nacional de Lectura

Con el apoyo de Fundación Noble Grupo Clarín